

MARÍA ROSA LOJO¹

*El Cielo y la Tierra pasarán
pero mis palabras no pasarán.
MATEO, 24, 35*

¿Qué palabras son esas, de qué están hechas?
Pasan las constelaciones, se deshacen como una estela de caracol bajo la lluvia,
Pasan los soles, gastados como usinas,
Pasan los dinosaurios, las sirenas, los dragones, los glaciares, los cíclopes:
Polvo fantástico, polvo de huesos, igualados en una vasta demolición.

Sin embargo esas palabras prometen quedar
Cuando las bibliotecas sean solo ceniza de árboles, sin una huella de tintas,
Cuando todas las gargantas humanas sean cuerdas oxidadas bajo la tierra,

¹ ANLE y catedrática universitaria, investigadora, ensayista y autora de relevantes estudios académicos. En materia de creación literaria ha cultivado todos los géneros, desde el poema en prosa y la microficción (*Bosque de Ojos*) hasta la ficción de tema histórico, como *Historias ocultas en la Recoleta* y *Amores insólitos de nuestra historia* (cuentos); *La pasión de los nómades*, *La princesa federal*, *Las libres del Sur* (novelas). En su última novela, *Todos éramos hijos* (2014) destaca la problemática identitaria, que también emerge en *Finisterre* y *Árbol de Familia*, entre otras. Ha recibido numerosos premios y distinciones. <http://www.mariarosalajo.com.ar>

cuando los planetas giren en el vacío como teatros helados,
sin voces, sin aplausos, sin memoria de un drama remoto y
concluido.

¿Caerán como semillas esos verbos sobre la tierra seca?
¿Crearán otros bosques, otros ríos, otros animales condenados
al sueño
y al exceso?
¿Resucitarán a los muertos, como quien vuelve a arrancar de
un surco de vinilo
una olvidada melodía?
¿Pasarán en limpio, en letras resplandecientes, el incompleto
borrador de esta vida, sucio de tachaduras y recortes?

Sin embargo mis vísceras, mi cuerpo, mi deseo, desobedientes
a mí,
Siguen obstinados en una imitación minúscula de cristo,
Escribiendo palabras para que no pasen, sobre la pantalla que
titila,
Como si esas palabras estuviesen destinadas a sobrevivir a los
mundos,
Como si los muertos pudiesen leerlas en bibliotecas inconce-
bibles,
Como si contuviesen la arquitectura oculta de un cosmos des-
truido
Que renace y se multiplica.

Pampa

En la llanura la vida es un manojo de hilos sueltos.
Una sombra que vuela como la flor del cardo, sin detenerse
para siempre
En ningún sitio.
No hay nada que esperar en esta tierra
Donde las casas son frágiles como castillos de naipes
Y la voz de Dios se oye deformada y lejana
Como si llegara a través de un gramófono muy viejo,

O de una radio que transmite mensajes en una lengua incomprendible.

El viento borra también esa voz.

El viento borra todas las memorias depositadas por un instante
Sobre las sementeras y los pajonales

Como si nada pasara,

Como si nada hubiese pasado nunca en ese país de los ganados
y de las mieses

Con ejércitos de niños pordioseros en las orillas de las ciudades.

Sin embargo al atardecer, cuando el sol se derrite y gotea sobre el mundo,

la pampa se hace traslúcida como el vidrio de una ventana,
se dejan ver

los yelmos inútiles y las espadas de óxido

los pies que se extraviaron en el falso camino de la Plata,

las espuelas nazarenas y las botas de potro

los fusiles, las lanzas y las carabinas,

las mantas con dibujos del sol y de la luna,

los uniformes azules y los ponchos rojos,

los anarquistas y los bandidos y los santitos ajusticiados

y los que nadie vio morir en ninguna parte

que llegan en busca de su nombre y de su sepultura.

Nadie duerme en el descanso eterno.

Son bellos insomnes, que brillan en una caja oscura de cristal

Caminando a lo largo de la noche radiante.

Luces malas, los llaman.

Avanzan en procesión por la pampa redonda

Llevan sus propios huesos encendidos como cirios.

Desaparecen cuando llega el amanecer.

Desaparecen como si nunca hubieran existido

A esa hora en que la pampa se derrama en el cielo.

A esa hora en que el cielo es un abismo devorador de hierbas
y de leguas.

Entonces camino por la superficie de la tierra azul,

alucinada por las grandes claridades

Y el cielo es una tela incandescente hecha de puntos que titilan

Son los ojos sin párpados de los muertos
Los ojos que reflejan sus pupilas quemadas contra la bóveda
del aire
Los ojos que nadie ve, que nadie recuerda,
Porque ellos hacen la luz que nos ilumina.

La luz argentina

En esta tierra no había oro ni plata,
No había palacios ni templos ni teatros ni pirámides
Ni grandes escaleras ceremoniales que llevaran al encuentro
de Dios
Ni príncipes enojados como aves del Paraíso
Ni calendarios de piedra que señalasen la ruta de los planetas.

Los que llegaban del otro lado del mar
Buscaron los metales, las ciudades, los templos.
Pero las raíces de la selva bebieron el hierro y el verdín
De sus armaduras
Y los caranchos de la pampa devoraron los ojos
De las cabezas muertas
Y en los caminos más altos de la montaña
Donde no cambia la nieve
Quedaron sus cuerpos de congelados centinelas
Sin hallar la Ciudad de los Césares
Ni el señor de Paytiti que brilla bajo el sol recubierto de oro.

No había plata en la tierra de la plata.
Pero en los torrentes secretos de la selva,
En las lagunas del llano,
En los cauces tan anchos como un mar
la luna y las estrellas crecen de noche
Y tiñen de blanco fulgor el agua verde.
Los cuerpos que se sumergen arden sin fuego
con una luz tranquila que no ciega.
Es la luz de los ríos de la plata,
La luz argentina,
Sin peso ni medida,

Invulnerable al robo y la codicia
La luz de todos
Que fluye como el tiempo y que permanece.



*Martín Fierro. Detalle del boceto mural de la Casa Rosada
(v. 1997, tinta sobre papel, 0.50x1.47 m)
© Cortesía Doris Halpin de Carpani*